

PRÓLOGO
SABEMOS QUE NOS MIRAN

SAMUEL ALARCÓN

Durante la primavera de 2019 se popularizaba el último algoritmo de una aplicación para teléfonos inteligentes que lograba una imagen distópica de nuestro aspecto. Basada en modificar el rostro del fotografiado, conseguía un efecto de envejecimiento tan convincente que millones de usuarios en todo el mundo compartieron su rostro futuro en redes sociales y grupos de difusión familiares, profesionales y amistosos. El enigma del paso del tiempo en nuestros cuerpos quedaba despejado con alivio, ya que, en la mayoría de los casos, el retrato resultaba favorecedor. Al poco tiempo del *hype* y tras millones de descargas de la nueva versión de esta aplicación, varios medios de comunicación alertaban del peligro para la privacidad en que incurría quien ofrecía su rostro al algoritmo. La empresa rusa que lo creó almacenaría las fisionomías de cada usuario en una nueva base de datos que se sumaría a las ya existentes de nuestros datos personales, nivel adquisitivo, estado civil y familiar, hábitos de consumo o patrones de desplazamiento en el mapa. Muchos usuarios reaccionaban a la noticia manifestando indiferencia. Asistimos a un momento en que la cultura de los países con tecnologías de internet instauradas comienza a resignarse al control de las bases de datos sobre nuestras futuras arrugas. Cada usuario ofrece voluntariamente su privacidad a lo desconocido a cambio de una experiencia lúdico-esotérica: una modulación postmoderna del pacto con el Diablo.

Las políticas neoliberales parecen seguir un plan preestablecido de consecuencias aún desconocidas, pero que la ciudadanía intuye como nocivas. La desregularización de los

mercados financieros que han ido promoviendo en las últimas décadas los gobiernos liberales ha perfeccionado paradójicamente el antiguo sueño anarquista: nada gobierna a una mano invisible. Basta observar cómo esta *dictadura* de los mercados se traduce en el retroceso de los derechos civiles, el de las prestaciones sociales o en el aumento del impacto medioambiental. Igual que mujeres y hombres antiguos buscaban entender el mundo mediante el mito, el pesimismo contemporáneo busca explicaciones con mecanismos similares porque la realidad es compleja y necesitamos asumirla también hoy. Así se extiende la teoría de la conspiración postmoderna.

En nuestro presente, hemos decidido adquirir las tecnologías de internet ante todo por su acceso inédito a la información. El coste de esta tecnología se ha ido abaratando desde las primeras computadoras, televisores inteligentes y teléfonos móviles, obviamente por el crecimiento paulatino de la oferta-demanda, pero también porque resultan rentables siempre y cuando realicemos una amplia cesión de nuestra privacidad al utilizarlas. Hablamos de un *atraco perfecto*, ya que el miedo a sentirnos observados se diluye en la idea del mal global aceptado voluntariamente. Primero y desde el 11-S, la renuncia a la privacidad se anunciaba necesaria en virtud de la seguridad. Después, las multinacionales de las tecnologías de la red se lucraban por sus servicios de geolocalización, de comunicación interpersonal, o de búsquedas más potentes, vendiendo a los anunciantes los datos que seguíamos ofreciendo los usuarios. La cámara de los dispositivos y su capacidad de registro ha terminado materializando la fabulación de un cine ojo que, lejos del entusiasmo constructivista del *Kinopravda*, es un poderoso sistema de mapeo construido por los ciudadanos, pero no a su servicio propio, sino al de entes que cotizan en el NASDAQ. Lo que los Estados nunca llevaron a cabo sin ser demandados por vulneración de derechos elementales a la protección de datos, lo han realizado multinacionales tecnológicas con nuestra aportación. Caemos así en otra paradoja histórica:

hemos logrado ir todos a una, no para construir democracias regulables al servicio del pueblo, sino para asentar totalitarismos desregulados al servicio de los mercados. Pero ¿cómo no asustarnos ante esta reversión? Como se venía anunciando en la literatura y el cine del capitalismo tardío, son los productos culturales los catalizadores del miedo. Buscamos respuestas en la última serie distópica y catarsis en la última de crímenes.

El presente libro aborda estos síntomas. Retoma el análisis cultural que ya comenzara Fredric Jameson en su *Estética geopolítica*,¹ a partir del que se reflexiona sobre el cine producido desde el nacimiento del capitalismo avanzado hasta nuestro presente. Los textos que lo componen exploran cómo el relato audiovisual se ha contagiado de los miedos provocados por la acción del liberalismo económico en esta etapa de nuestra historia. Como ganglios inflamados en un cuerpo infectado, la conspiración es un síntoma en una sociedad a la que se le permite participar en los flujos políticos con opinión y emoción ante los acontecimientos, pero no con poder ejecutivo.² Ante la prefiguración de las redes sociales como nuevo ágora de intercambio de ideas en un ciberespacio libre y comunitario,³ se ha acabado imponiendo un modelo en el que el foro lo ponen empresas afincadas en Silicon Valley que trafican con nuestras opiniones, mientras evaden impuestos de manera legal gracias a arquitecturas fiscales óptimas. Solo hay que observar en 2019 el retroceso de las redes sociales basadas en el intercambio de

¹ Frederic Jameson (1992): *Geopolitical aesthetic. Cinema and Space in the world system*, Indiana University Press, (trad. Al cast: *La estética geopolítica: cine y espacio en el sistema mundial*, Barcelona: Paidós, 1995).

² Recordemos las represalias a las manifestaciones originadas desde 2010 con la Primavera Árabe en el Magreb y Oriente Próximo, por el 15M de 2011, primero en Madrid y después en muchas capitales del globo, o la estigmatización mediática de los *Gillets Jaunes* (Chalecos amarillos) en Francia desde 2018.

³ En 2011 nacía N-1, una red social colaborativa sustentada por los propios usuarios que llegó a tener más de 40 000 usuarios. En 2015 experimentó una caída hasta desaparecer prácticamente.

opiniones e información (N-1, Twitter y en menor medida Facebook) ante el auge de aquellas en las que compartir ideas no es popular (Instagram, Snapchat).

El atraco es también impune si consideramos que el cine de la conspiración ha creado público de manera natural. Las series contemporáneas constituyen un producto de consumo perfecto. La colonización cultural norteamericana no solo ha sido un éxito de postguerra, como vivieron nuestros padres con la mundialización del cine clásico a finales de los años cuarenta y durante los cincuenta del pasado siglo, además ha transnacionalizado los valores neoliberales junto a sus miedos. Estos productos culturales, accesibles a voluntad gracias a las nuevas plataformas de vídeo bajo suscripción, han creado su propia demanda de una manera parecida al mercado del tabaco en términos de adicción. El lenguaje de estos cines de origen anglosajón pertenece ya a la cultura universal. Sus películas y series normativas son objetos con proyección internacional, con normas universales, generables en cualquier lugar y con cualquier otro como destino. Su vocación de rentabilidad es la misma que la de otras industrias como la textil o la aeronáutica, con la diferencia de que además este cine adoctrina a sus consumidores. El modelo que comenzara con una lógica industrial, y que sería después perfeccionado por la personal mirada de los cineastas, ha ido diluyendo su autoría hasta quedar más cerca de la artesanía que de la expresión artística. Por ejemplo, en España vimos cómo a finales del siglo xx los cineastas que optaron por el lenguaje del cine anglosajón normativo tuvieron que camuflar su mano en esta industria, realizando películas que podrían ser de cualquiera. En la actualidad presenciamos la apertura de sucursales de las citadas plataformas *online* en la mayoría de los países europeos, que invitan a trabajar a cineastas locales que ya no pueden realizar sus proyectos en sus propias naciones. El público ya no respaldaba sus creaciones porque lleva siendo años educado

con los lenguajes de un cine *mainstream* ante el que solo es posible la disidencia artística y la marginación profesional.

El miedo que comenzó a recoger el primer cine postmoderno ante la opacidad de las dos potencias enfrentadas en la Guerra Fría se transformó, tras la caída del Muro de Berlín, en desconfianza hacia los mercados y su inferencia en la política. Hoy solo queda la resignación, el sentimiento de impotencia. Asesinos en serie blanqueados, poderes sobrenaturales amenazantes a los que sobrevivir, policías y políticos corruptos convertidos en héroes, narcotraficantes y sicarios retratados como disidencia, redes de espionaje organizado de las que escapar, o mundos distópicos en los que la revolución es la única salida, son la desinhibición que necesitamos para continuar en el mundo de manera no conflictiva. Son consumos necesarios, una medicación para digerir que hemos claudicado haciendo fuerte a un sistema que nos asfixia. Un cine que nos ayuda a encarar un nuevo miedo: el de quien firma un contrato donde ofrece su alma, sin ni siquiera haberlo leído.